

AA. VV. *El poema, flor de la nada. 15 glosas a la poesía de Leopoldo María Panero*. Edición de Javier Huerta. Coordinación de Daniel Migueláñez. Madrid, Sial, Fundación Universitaria Española, 2020, 193 pp.

JULIO ESCRIBANO HERNÁNDEZ
Fundación Universitaria Española

EL DÍA 5 de marzo de 2020 se hizo la primera edición de este libro sobre la poesía de Leopoldo María Panero recordándole en el sexto aniversario de su muerte en Las Palmas de Gran Canaria, en el año 2014. El profesor Javier Huerta ha seleccionado a quince especialistas para comentar los poemas de Leopoldo María y nos ha ofrecido una documentada introducción sobre la saga de los Panero, a la que ha conocido por estudio y paisanaje.

Inicia Javier Lostalé la glosa, que nace con los primeros poemas de Leopoldo María, y la titula «Canto a los anarquistas caídos sobre la primavera de 1939»: «...Con antorchas acosan y dan muerte a los lobos / En combate de luces derrotada la nieve / Nada turba al jazmín el aire florecido / Y sus rubias cabezas sobre la hierba húmeda...» Nos instala Leopoldo María con flor de la nada en la trágica realidad de la vida, multiplicando sentimientos mutuos entre el lector y el poeta. Es la poesía de juventud de Malasaña (Malasia).

Tatiana Muñoz Brenes y Fanny Rubio analizan la poesía oculta en el libro *Así se fundó Carnaby Street* (1970). Tatiana en «unas palabras para Peter Pan» nos descubre la mucha importancia que dio Panero a la literatura infantil, al terror y a la locura en época tardofranquista. Fanny Rubio explica su glosa «La canción de amor del traficante de marihuana» con los siguientes rótulos: Poética del autor; El poeta en la nave de los locos ya en 1969; Los años blandos, la muerte fácil; Un sujeto radical en la otra orilla; La química como poética de alcance, que ya no es la tienda del herbolario valleinclanesca y La vida no vale

más que la Maribén, que desarrolla con maestría literaria y gran erudición.

El poema de la quinta glosa hallado en el libro *Narciso en el acorde último de las flautas* (1969) lo titula Julia Barella, «Ma mère» o «Una madre ríe, mientras el niño orina sangre y emborracha al sapo». Palabras, excremento cerebral. Con tal presentación no es extraño que encontremos moscas, más excrementos, serpientes, sapos, peles, muñecas y marionetas en la relación con la madre Felicidad Blanc, quien lo desconoce, llama a la policía, e incluso, pide confinarlo, y a la que no perdona que haya sustituido su presencia por la del psiquiatra del hospital. Niño menospreciado y perdido se siente Leopoldo María.

Xelo Candel encuentra el poema «La canción del croupier del Mississippi» en *Last river together*, publicado en 1980, y lo define como un canon retórico, «formulación de un sujeto poético, que asume una función marginal, ácrata, fuera de toda estructura social»: «En el cenicero hay / ideas y poemas y voces / de amigos que no tengo». La poesía destruye al poeta sin el pedestal del dogmatismo sociológico que fortalece al cerebro. Si este se debilita y destruye se ha perdido la racionalidad, elemento diferenciador del ser humano.

En la séptima glosa Jesús Ponce Cárdenas estudia los setenta y cinco versos repartidos en diez composiciones, bajo los títulos antiguo y moderno del libro *Dioscuros* (1982) «El que hiera a su madre» y «El fin de Anacreonte». Tras una exposición de la cultura clásica concluye que «el pequeño conjunto de versos analizados permitiría refrendar el juicio en torno a la figura de un maestro posmoderno» capaz de convertir la tradición clásica en el reinado de la trasgresión. La provocación está servida.

Túa Blesa presenta la octava glosa con «Proyecto de un beso» hallado en uno de sus mejores libros, *El último hombre* (1982), y lo introduce como «una lectura, una de las tantas posibles; la de un lector, la de quien firma, la de uno de tantos lectores posibles» situando al poema en la antesala del beso. Se aleja del concepto clásico del beso

amoroso, del cariño y de la pasión para cambiarlo en violencia desenfrenada, que se expresa en la repetición del comienzo y del final: «Te mataré mañana cuando la luna salga / y el primer somormujo me diga su palabra».

Del libro *Poemas del manicomio de Mondragón* (1987) explica J. Benito Fernández un poema de seis versos bajo el título «El loco al que llaman rey» y cita a los amigos que anduvieron cerca de Leopoldo María, peregrino en diferentes internados de las enfermedades del alma: Tarragona, Reus, Barcelona, Alonso Vega, Francisco Franco, Leganés, Ciempozuelos, San Sebastián, Elizondo, Basurto, Colmenar, Mondragón, Gregorio Marañón y Las Palmas. Tras el análisis concluye con una pregunta: «¿Qué mira el loco de cabello ceniciento y despeinado desde la puerta del jardín? [...] Mira la más árida monotonía de la existencia».

La glosa décima a cargo de Rafael Morales Barba está incluida en el libro *Danza de la muerte* (2004), bajo el título «Cantata del miedo (Claudio Rodríguez)», pero es diferente a lo expresado por el gran poeta y maestro zamorano. Según Morales Barba, el poema de Panero «es un vómito de invectivas contra la vida, el grito munchiano del desesperado, atado a *leixaprén* de recopilaciones de uno mismo como técnica y pequeñas sinapsis [...] Leopoldo María Panero, desde los márgenes y en su desconsuelo extremo, ha querido elevar su terror y locura a poema, aunque yo me sigo quedando con los viejos tiempos de Malasaña (Malasia), y el “Territorio del miedo”, cuando el poeta lo era». Del mismo libro *Danza de la muerte*, prologado por Bernardo Atxala, desentierra Andrés Martínez Oria «Las llaves del abismo» con la glosa «Paredón», que esclarece con los títulos *Ars poetica*; *Las voces interpuestas*; *El tópico de «la vida es...»*; *La selva de Dante*; *Teoría del ser*; *Oración en la sombra* y *Los dados del ciego*, donde muestra que «la poesía debe tener por semilla a la locura», porque ahí —en palabras de Martínez Oria— «no se admiten fingimientos. La poesía tantas veces impostada apenas dice nada, mientras esta en cambio “hablará de mi a los hombres / cuando esté muerto”».

La glosa duodécima, tomada de la publicación *Versos esquizofrénicos* (2007), la explica Clara Isabel Martínez bajo el título «Sepulcro en Tarquinia (Homenaje a Antonio Colinas)». Leopoldo María Panero en reconocimiento y homenaje a Antonio Colinas, quien había publicado en 1975 *Sepulcro en Tarquinia* con más de cuatrocientos versos, lanzó en 2007 su *Sepulcro en Tarquinia* como reescritura poética para el amigo leonés y Clara Isabel descifra este acto de transgresión antes de exponer la forma del poema en Colinas y en Panero. Concluye respondiendo a una pregunta que hizo Juan Bonilla en un artículo publicado en el 2008: «¿Por qué Panero es tan prolífico?»

Sergio Santiago estudia *Conjuros contra la vida* (2008) y encuentra tema para la décimo tercera glosa: «El Anticristo, la radicalización del ultrahombre», que aparece en el segundo de los cincuenta y seis poemas del libro. Según Sergio pretende una vez más Leopoldo María «que el sistema ontológico del poema destruya el sistema de lo real; que la poesía sea el Apocalipsis de la vida y el poeta el Anticristo y mesías de la nueva Humanidad». En las diferentes versiones del poema «aparece un Anticristo con atributos ultrahumanos, que desprecia al hombre corriente; un ser “inmensamente bello” al que ve “en el espejo oscuro / de un bar” y al que considera “un Despierto”, esto es, un vampiro.... La semejanza de Panero con Nietzsche es enorme hasta en la trágica locura por la búsqueda del superhombre enamorado de lo imposible.

Álvaro Tato explica el poema XII, de *Rosa enferma* (2014), en la glosa decimocuarta como una nota al pie del abismo. *Rosa enferma*, último libro de Panero, lo muestra Tato como «fulguración de imágenes desencadenadas, relámpagos del lado de la muerte [...] voz de ultratumba al vacío, barranco sin baranda» y el poema XII es «zona cero del esputo que lanza *Rosa enferma*. Epitafio, confesión, conjuro, abjuración y despedida, en retales mal cosidos de una iconografía paneriana [...] desconsuelo del aullido trágico, anti-oda. Soledad y horror sin remisión ni esperanza [...] canto explícito del asco a ser [...] Así se revela el miedo como patriarca, el dolor como heraldo, la poesía

como refugio inútil, el hombre como pasto del *gusano atroz de la nada*». «Cierras el libro –concluye– y quedan brillos en los ojos y ceniza en las manos».

De la obra en colaboración con Félix J. Caballero, *Lirios a la nada* (2017), publicada a los tres años de la muerte de Leopoldo María, presenta Javier Huerta la última glosa de *El poema, flor de la nada*. Especialista en la poesía de Leopoldo María, más crítica que la del padre, ha visto la necesidad de poner las glosas cual lo hiciera con el texto latino el fraile de la lengua romance. Sin esta iniciativa del profesor Huerta Calvo no habiéramos entendido estos poemas de fácil escritura y complicada lectura. Los habiéramos escondido en las residencias de las enfermedades del alma, para los análisis del psiquiatra o para la curiosidad del buscador de daguerrotipos en Ciempozuelos y Leganés.

Una valiosa y selecta bibliografía con las obras de Leopoldo María y los estudios de otros autores cierra esta necesaria publicación para valorar nuestra poesía contemporánea en la trágica vida de los poetas.